

Identidades en proceso. Una propuesta a partir del análisis de las movilizaciones feministas contemporáneas

María Martínez

(Madrid, CIS, 2019)

El libro de María Martínez es particularmente oportuno, ya que el movimiento feminista se encuentra en un momento de especial tensión, quizá a las puertas de un cambio de paradigma. El movimiento feminista global está pasando por una situación que podría definirse como paradójica, en el sentido de que a la vez que cuenta con un apoyo social sin precedentes, se encuentra inmerso en un debate que afecta al mismo centro de su ser, al concepto «nosotras». Este es el contexto en el que se plantea el problema y la hipótesis de trabajo del libro, esto es ¿cómo se conforman hoy las identidades (feministas) cuando el objeto mismo de análisis cuestiona la propia noción de identidad? Bajo esta pregunta se despliega la hipótesis que podría explicar su metamorfosis, que el movimiento feminista está mutando desde la denuncia de la situación de las mujeres a la posible «subversión de las normas de género».

Para la autora, las teorías de los movimientos sociales presentan algunos límites para el estudio del feminismo. Con su nueva propuesta teórico-analítica se propone no solo superarlos, sino presentar una alternativa que sirva para el estudio de otros movimientos sociales.

Uno de sus principales límites deriva, según Martínez, de la tendencia a confundir el objeto empírico de investigación con el objeto y concepto analítico en un proceso en el que se objetiva y cosifica al objeto de investigación. Los movimientos sociales parecen estar ahí *a priori* esperando a ser analizados, sin que el investigador tenga duda sobre su estructura y sin cuestionarse su propio papel en la construcción del movimiento social como categoría.

A lo largo del primer capítulo Martínez hace un repaso crítico del concepto de identidad en algunas teorías de los movimientos sociales para preparar el camino hacia la propuesta clave del trabajo, la de un nuevo enfoque teórico-metodológico sobre la identidad en el estudio de los movimientos sociales. Para la autora, la lectura moderna de entender la identidad (colectiva) se realiza a través de cinco supuestos que no serían hoy operativos para explicar la identidad en el movimiento feminista: el mito fundador, la definición y mantenimiento de unos límites o fronteras, la unidad interna de sus elementos, la continuidad y coherencia y la existencia de un centro que aporta la definición verdadera. Pero Martínez nos enfrenta a los problemas que supone adoptar la lectura moderna de la identidad para reconocer, finalmente, que dicha aproximación es una herramienta demasiado potente para desestimarla completamente; de hecho,

de su propio análisis se podría deducir que la lectura moderna de la identidad seguiría siendo útil en función de cómo se interprete la situación actual de dicho movimiento.

La autora utiliza el término «políticas de la identidad», para explicar que una identidad dada constituye la base para el desarrollo de una política. En este sentido, las teorías de la identidad serían aquellas que surgen al sustituir a la clase social por otras categorías estructurales en la explicación de las desigualdades sociales y para las que, como paso previo a la acción, es necesaria la existencia de una identidad que, bien quiere ser reivindicada como tal, bien ser sustituida por otra. Desde esta perspectiva, el sujeto es construido socialmente, pero es capaz de construir una nueva identidad liberadora. El paso de una mujer a una feminista conlleva la idea de que a través de un proceso liberador se alcanzará un fin, un «producto». Ahora bien, si la identidad es un proceso interactivo y continuo ¿cómo puede concluir en un objeto final? Para explicar este proceso no servirían los planteamientos teóricos utilizados hasta ahora, por lo que se propone una nueva aproximación teórico-analítica del estudio de las identidades (feministas) en proceso.

Según las teorías de los movimientos sociales, la identidad colectiva es el proceso de construcción de una definición compartida y negociada por un grupo de personas, por el cual, quien aporte la definición considerada correcta se posicionará en el centro simbólico del movimiento. Pero esta aproximación a la idea de identidad colectiva se centra demasiado en el resultado o producto final y menos en el proceso mismo. En este sentido, sería necesario, para Martínez, incluir la dimensión emocional en la definición. Se sirve para ello de los conceptos utilizados por Melucci de redes de relaciones e inversión emocional y en las ideas de reiteración y performatividad de Butler. Estas ideas serán clave en la propuesta final, en la que la identidad es un proceso nunca terminado que se construye a base de iteraciones de acciones, emociones, o normas y nunca llega a materializarse definitivamente. Se descarta, por tanto, la idea de las teorías políticas de la identidad de que puede alcanzarse finalmente una identidad liberada. Según Martínez, para estudiar una identidad que no se materializa o se «cosifica» la sociología debe cambiar las herramientas metodológicas e incorporar el concepto de experiencia. Para ello, utilizando la «política de localización» de Rich, según la cual se debe sustituir el determinante «el», que universaliza al objeto, por el posesivo «mi» que lo desencializa mediante la particularización, la experiencia ya no sería algo universal sino concreto y localizado en cuerpos que se constituyen a base de experiencias.

Este supuesto tiene tres consecuencias importantes para el análisis: por una parte, la experiencia ya no es una prueba de la existencia del sujeto, sino el objeto mismo de análisis; por otra, los sujetos no son preexistentes, no tienen experiencias, sino que las experiencias los constituyen y, finalmente, las experiencias son un continuo, un proceso que no tiene fin. Para abordar metodológicamente el análisis de las experiencias feministas en proceso, se propone la utilización del estudio de las trayectorias, en este caso, de activistas feministas.

En el segundo capítulo del libro se repasa la genealogía del movimiento feminista en el Estado español. No me detendré en el repaso de dicha genealogía ya que es de sobra conocida, pero sí considero remarcable que este trabajo cubre una última etapa poco estudiada del feminismo español.

En el tercer capítulo llegamos al concepto de las movilizaciones feministas. Dicha propuesta no puede sorprender mucho a quien esté más o menos familiarizados con el feminismo contemporáneo. Su análisis plantea, ciertamente, no pocas dificultades, entre otras, la de definir el sujeto de investigación y su centro simbólico.

Un breve repaso a los debates ideológicos del movimiento feminista en el Estado español lleva a la autora a la constatación de la superación del tradicional debate entre el feminismo de la igualdad y el feminismo de la diferencia y a situar en el centro de la reflexión sobre el sujeto del feminismo, el concepto mujer. Asumir que la mujer es «la situación de partida» significa, en primer lugar, considerar que existe un sistema de dominación, el patriarcado, que ubica a (todas) las mujeres en una misma situación de dominación, compartida por todas y, en segundo lugar, que los individuos pueden ser agentes del cambio a través de la acción (colectiva). Existen según la autora, dos vías para la liberación del sujeto oprimido, afirmar la identidad negada o crear una nueva. Las dos principales posiciones ideológicas del feminismo, el de la diferencia o el de la igualdad asumen cada una, una de estas dos vías de liberación. Pero, como se apuntaba anteriormente, en la actualidad está muy cuestionado el punto de partida, es decir, la concepción del sujeto mujer, al menos desde una parte del feminismo más cercano a los postulados *queer* y *trans*. Desde esta perspectiva no se acepta que se pueda homogeneizar a todas las mujeres bajo una experiencia común de dominación, ni se acepta el binarismo hombre/mujer, masculino/femenino, privado/público. Podríamos estar afrontando, como propone la hipótesis del trabajo, el posible comienzo de la «subversión de las normas de género».

Por lo tanto, desde el punto de vista de la autora, no estamos ni ante un movimiento con una organización central fuerte que define los marcos ideológicos y de identidad, ni tampoco tenemos multiplicidad de grupos que se alinean cada uno con un marco ideológico, o propuesta de identidad colectiva, negociando entre ellos la definición del movimiento social; el concepto que mejor se adapta a la situación del movimiento sería, para la autora, el de «movilizaciones feministas». Este concepto, que no tendría definición posible por su constante devenir, se caracterizaría principalmente por la convivencia de propuestas ideológicas divergentes y conflictuales, la centralidad de las emociones y las relaciones, la confluencia contingente de unas prácticas, y la búsqueda de un sentido, individual o colectivo. Es una pena que Martínez, en el intento de ampliar y dotar a la definición de movimiento social de un cariz más dinámico para «descosificarlo» emplee, sin embargo, un término —movilización— que no deja de reducirlo, de degradarlo de alguna forma.

A partir de este punto, para analizar el significado de ser feminista, Martínez propone utilizar como herramienta metodológico-técnica los conceptos ya mencionados de experiencia y trayectorias. Dichos conceptos se adaptan a la idea de una identidad en proceso, de sujetos siempre haciéndose sin un centro que ponga un poco de orden. Para analizar las trayectorias se basa en tres dimensiones: el proceso de incorporación al activismo, las experiencias en las propias movilizaciones y la imbricación del activismo con otras esferas de la vida.

Entonces, ¿cómo estudiar el proceso según el cual se llega a ser feminista? El modelo de conversión/alternación utilizado ampliamente por las teorías de los movimientos sociales para explicar la transformación de las identidades incurre, según nos muestra Martínez, en una serie de incongruencias que hacen difícil su encaje para estudiar la transformación que se produce en los feminismos. Algunas de sus incongruencias más fuertes son que este modelo asume la existencia de identidades fijas: la de partida y la de llegada, y un proceso liberador de la primera para alcanzar la segunda. Una identidad de partida que se debe transformar y una identidad de llegada inmutable, ya que es el fin al que se espera llegar. Además, esta identidad de llegada no debería estar construida de antemano dado que se construye con la acción misma, por lo que parece que debe existir algún ser autónomo que se libera por propia iniciativa y al que los demás siguen. Para superar las incongruencias del modelo de conversión/alternación, Martínez propone un modelo que no asume la existencia de identidades fijas e inmutables, sino

en continua transformación, haciéndose; en el que no hay un centro que aporte una definición única y verdadera y que se construye en las interacciones con otras.

Nos vamos acercando a la propuesta teórico-analítica para el estudio de los movimientos feministas en proceso. Para Martínez el problema sobre la identidad colectiva al que nos enfrentamos es que este concepto es empleado siempre como definición y, como tal, supone la alineación con la lectura moderna de la identidad que da por hecho que una definición acabará imponiéndose sobre las demás como la verdadera. El nuevo modelo propone una definición de la identidad colectiva ampliada al incorporar las emociones y las relaciones, y en cuyo proceso de formación el eje principal será lo procesual a través de los conceptos de reiteración y activación. Ante la imposibilidad de plantear un modelo teórico y empírico total para el estudio de la construcción de la identidad colectiva de cualquier movimiento social, nos plantea una idea-reto, una «propuesta abierta, en construcción si se quiere, que busca aportar algunas pistas sobre cómo encarar el estudio de las identidades colectivas hoy». Una propuesta teórico-analítica que solo ha sido posible desarrollar en el estudio de las identidades feministas en proceso.

En conclusión, el libro nos hace reflexionar lúcidamente sobre la tendencia de las teorías de los movimientos sociales a la cosificación de dichos movimientos que parecen entes con vida propia, con unos objetivos definidos y unos fines claros a alcanzar. La utilización del movimiento feminista es muy jugosa al ser un movimiento particularmente fragmentado y en continuo auto cuestionamiento.

por Almudena de LINOS ESCARIO
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)
almudenadelinos@gmail.com

The Historical Roots of Political Violence

Ignacio Sánchez-Cuenca
(Cambridge, Cambridge University Press, 2019)

Este libro de Sánchez-Cuenca, que culmina y trasciende su larga trayectoria de estudios sobre violencia política y terrorismo, entre los que destacan sus análisis sobre ETA, parte de una pregunta que acota el tema y su marco comparativo: ¿por qué en la década de los años sesenta y setenta dentro de las sociedades avanzadas muchos jóvenes de clases medias y profesionales se alzan en armas contra el sistema? Fuera quedan, por tanto, la violencia y el terrorismo de movimientos independentistas dentro de esos países avanzados, como ETA o el IRA, así como los de grupos anticolonialistas, islamistas o xenóforos, no relacionados directamente con las cuestiones distributivas clásicas que separaban